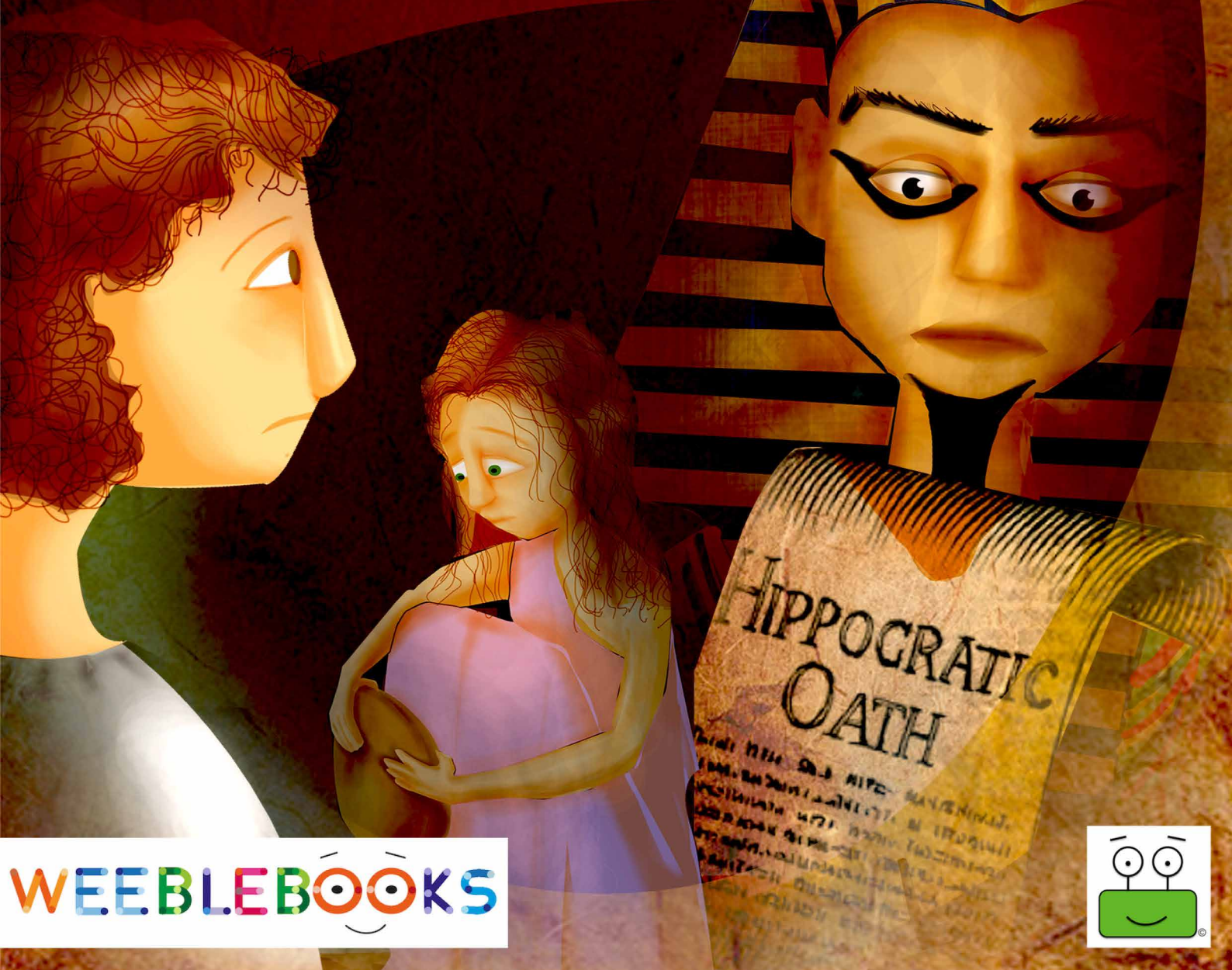


Pequeñas historias de grandes civilizaciones

M. Eloísa Caro Durán

+11

Ilustraciones
Carmen Ramos



Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustradora: Carmen Ramos
Correctora: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, diciembre 2016



Licencia: Creative Commons ReconocimientoNoCo-
mercial-CompartirIgual3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

PEQUEÑAS HISTORIAS
DE
GRANDES CIVILIZACIONES

Índice

EGIPTO: “Los que responden”.....	5
MESOPOTAMIA: “Una traición redonda”.....	23
GRECIA: “Juramento Hipocrático”.....	39
ROMA: “Un banquete con sorpresas”.....	51

LOS QUE RESPONDEN

Los faraones y altos mandatarios en el Antiguo Egipto eran enterrados con todos aquellos enseres que necesitarían en su otra vida, incluidos los sirvientes, representados por pequeñas figurillas que estarían a su disposición.

Por otro lado, debéis saber que en el Antiguo Egipto se celebraban juicios teniendo en cuenta sus leyes, y que a los culpables se les aplicaban los castigos establecidos.



El sonido regio y solemne de las trompetas anunció su llegada.

—Vamos, escóndete, rápido —dijo Senusert, el jefe de los artesanos que elaboraban el ajuar funerario del faraón.

Menes corrió para ocultarse en el almacén. Sus ojos marrones enseguida se adaptaron a la oscuridad.

—No hagas ruido y espera hasta que yo te avise para salir.

Senusert alineó a los artesanos frente a una de las paredes laterales del taller, mientras él se colocaba ante ellos para recibir a la comitiva.

En primer lugar bajó los estrechos peldaños el Gran Visir, seguido por cuatro guardias nubios, fornidos y bien armados, que abrían paso al faraón.

A pesar de su avanzada edad, Ahmosis apareció deslumbrante con una túnica de lino blanco y el nemes que le cubría la cabeza, de azul celeste; un brazalete de oro y un amplio

pectoral con inmensas coralinas y turquesas completaban su atuendo.

El intenso color negro que delimitaba sus ojos reafirmaba aún más la profundidad de su soberana mirada.

El faraón había decidido supervisar aquel ajuar que depositarían en su tumba cuando falleciese y que necesitaría en su otra vida, después de la muerte.

El reinado de Ahmosis estaba siendo muy extenso y los artesanos habían concluido ya todos los trabajos, que comenzaron inmediatamente después de su acceso al trono.

Siguiendo las órdenes del visir, el escriba comenzó a enumerar los artículos que conformaban el ajuar.

Primero los muebles: una silla, un taburete, varias arcas de madera de cedro y una cama con su correspondiente reposacabezas, decorado con figuritas protectoras para alejar los males que pudieran perturbar el sueño real.

Continuó el escriba detallando todo aquello que permitiría al faraón seguir disfrutando de sus comodidades habituales —como un abanico para la época de calor—, o que le proporcionaría distracción, como el Juego de Senet y un arpa para escuchar música.

Aquel impresionante ajuar incluía también el atuendo personal: túnicas, sandalias de oro, collares, anillos, amuletos protectores, armas como el arco y las flechas, puñales y un hermoso carro rematado en oro.

Para guardar las vísceras después de la momificación estaban dispuestos los vasos canopos de alabastro.

El faraón, sentado sobre su pequeño trono plegable, observaba satisfecho el inventario.

Por último, quedaba el recuento de los ushebtis. No podían faltar aquellas pequeñas figurillas que servirían al faraón en la otra vida, en el reino de Osiris.

Ahmosis había dispuesto incluir 365 ushebtis, uno por cada día del año. Estos fieles se-

guidores estaban distribuidos en varias cajas de madera, en cuyos laterales se podía leer la siguiente inscripción: “Si alguien es solicitado para que realice cierta tarea de las que allá abajo suelen ejecutarse, dirá: ¡Presente!”.

El propio visir levantó las tapas abombadas de cada caja y fue contando, una a una, las diminutas estatuillas momiformes, elaboradas con preciado lapislázuli que conformaban aquel diminuto ejército de servidores.

Pero al destapar la última, el rostro del visir palideció.

Tras un silencio sepulcral, cuando consiguió reponerse, dijo, intentando mantener la calma:

—Pero..., ¿qué es esto?, está vacía, ¡sólo hay 280 ushebtis en total!, ¿dónde están los que faltan?

Amenenhat conocía a Senusert desde siempre, desde que continuó con el oficio de su padre.

Había tenido una carrera intachable, sin duda era el mejor artesano que conocía y también



el más noble y leal. Por ello no entendía lo que estaba ocurriendo y buscó desesperadamente una respuesta en sus labios.

Él mismo había visto todas las figurillas en su última visita, perfectamente colocadas en las cajas correspondientes.

Senusert, desconcertado, interrogó a sus artesanos con la mirada, pero ninguno respondió.

—¿Quién ha osado robar el ajuar del faraón?
—dijo encolerizado Ahmosis—. ¿Es que todavía puede existir alguien que aún no sepa el castigo que sufrirá por tal vileza?

Ante la impasividad y el silencio de los trabajadores, el mismo faraón ordenó a los guardias que apresaran a Senusert.

—Tú, como responsable de los trabajos, pagarás por lo ocurrido.

Trasladaron al jefe de los artesanos a una maloliente celda en los sótanos del palacio real, aunque por poco tiempo: todo sucedió muy rápido, parecía que el faraón tuviera pri-

sas por hacerle pagar su ingratitud. Antes de familiarizarse con las ratas y cucarachas del lugar, Senusert fue conducido a la Sala de Audiencias.

No era una buena señal encontrar al faraón presidiendo el acto, ya que sólo lo hacía en casos de alta traición.

Un viejo escriba, tocado con peluca de cabello corto y faldellín blanco, extendió los cuarenta rollos de pergamino en los que estaban transcritas las leyes.

El Magistrado Supremo, sacerdote de Maat, diosa de la Justicia, preguntó a Senusert:

—¿Dónde están los ushebtis?, ¿quién ha robado los 85 que faltan? ¿Has sido tú?

El jefe de los artesanos, derrotado, lo negó rotundamente con la cabeza.

Pero un solo gesto no fue suficiente para probar su inocencia. Así pues, todo estaba decidido.

El propio faraón dictó la sentencia y el escriba levantó actas.



—La pena para estos casos es la muerte por empalamiento —indicó el magistrado.

A Senusert se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Sólo había visto morir a un hombre empalado, pero el recuerdo de aquella terrible imagen nubló sus sentidos. Aquel ladrón de tumbas fue atravesado por una estaca clavada en el suelo, a las afueras de la ciudad; la habilidad del verdugo permitió no dañar ningún órgano vital y el muchacho pasó una interminable y terrible agonía antes de morir en presencia de un público insaciable, y con la desdicha de saber que su cuerpo no sería enterrado y, por lo tanto, nunca alcanzaría la otra vida.

De nuevo en la celda, el jefe de los artesanos aguardaba ese terrible trance que estaba por llegar.

Senusert lloraba desconsolado al intentar asumir que ya nunca volvería a ver a su familia, entre ellos al pequeño Menes, su obediente y amado hijo; él sabía que aún lo estaría esperando en el almacén del taller.

Cuando tantas lágrimas le impedían ver con nitidez, escuchó una voz conocida: se trataba de Amenenhart, el visir.

—Apelando a los muchos años de trabajo intachable que nos has proporcionado, he conseguido que me permitan entregarte esta carta.

El artesano le arrebató la tablilla de entre las manos y emocionado la estrechó junto a su pecho, aunque enseguida se la devolvió.

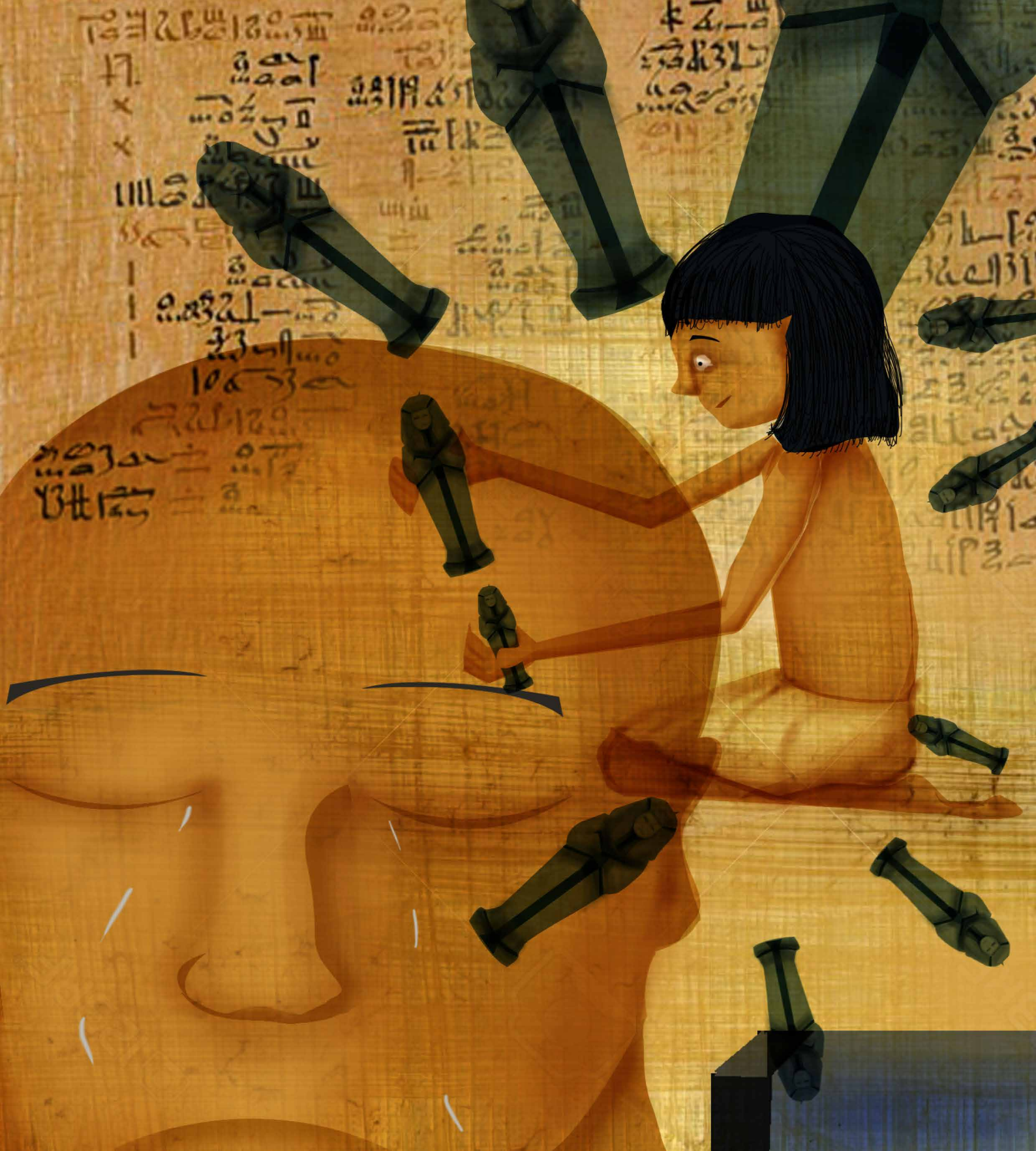
—Puedes leérmela —dijo—, estos ojos lacrimosos no me dejan ver.

El visir leyó en voz alta.

—“Papá, cuándo vendrás a buscarme, aún sigo en el almacén del taller, tal y como me pediste. Aunque el escriba al que le he dictado esta carta quiere que lo acompañe, yo te esperaré aquí. Estoy rodeado de los mejores juguetes que jamás he tenido, si los vieras..., son pequeños soldados de un precioso color azulado. Los cogí de unas cajas esta mañana mientras jugaba en el taller, había muchos,

Handwritten text in a cursive script, likely Arabic or Persian, arranged in several lines across the top left of the page.

Handwritten text in a cursive script, likely Arabic or Persian, arranged in several lines across the top right of the page.



aunque yo sólo tengo unos pocos. Según me enseñaste, he llegado a contar hasta 85, todo un ejército, como el del mismísimo faraón que vimos desfilarse hace poco...”

El visir inmediatamente detuvo la lectura.

—¡Es él quien tiene los ushebtis!, un niño cándido e inocente ha convertido los sirvientes del faraón en juguetes.

El visir corrió para presentarle al faraón esa prueba definitiva que demostraba la inocencia de Senusert.

Aquella historia de malentendidos salpicada de ternura conmovió al anciano Ahmosis, quien devolvió la libertad al jefe de los artesanos.

Senusert volvió a sus trabajos en el taller, aunque al joven Menes se le prohibió la entrada hasta que llegase el momento de aprender el oficio.

Los artesanos prepararon los últimos detalles del ajuar, que fue trasladado a la tumba real en el Valle de los Reyes, horadada en la piedra.



Al poco tiempo, las pequeñas figurillas azules, “los que responden”, al fin, comenzaron a servir eternamente al faraón.

Vocabulario

Ajuar funerario: Objetos colocados junto a los muertos en su tumba.

Visir: Cargo equivalente al de ministro o asesor de un monarca.

Nubios: Oriundos de la región situada al sur de Egipto y norte de Sudán, de rasgos diferentes a los egipcios. Eran fuertes y de piel más oscura.

Nemes: Tocado de tela que utilizaban los faraones egipcios. Cubría la totalidad de la cabeza y caía verticalmente por detrás de las orejas.

Escriba: Persona que conocía la escritura, copiaba y redactaba textos y ocupaban diferentes cargos en la administración.

Juego de Senet: Uno de los juegos de mesa más antiguos de los que se tiene constancia, ideado y muy popular en el Antiguo Egipto. Es un juego para dos contrincantes y consta de un tablero y varias fichas.

Vasos canopos: Recipientes donde se depositaban las vísceras de los difuntos embalsamados. Había cuatro y en sus tapas se representaban a divinidades con forma de cabeza humana (guardaban el hígado), de babuino (los pulmones), de halcón (los intestinos) y de chacal (el estómago).

Ushebti: Pequeñas figurillas que en el Antiguo Egipto se depositaban en las tumbas con el fin de que sirvieran al difunto en su otra vida. Se han denominado de diferente forma a lo largo de la Historia; ushebti es el término egipcio, que significa: “los que responden”.

Osiris: Dios egipcio de la resurrección. Preside el tribunal del Juicio de los Difuntos.

UNA TRAICIÓN REDONDA

En Mesopotamia existieron importantes archivos y bibliotecas, repletos de tablillas de arcilla perfectamente catalogadas. Se ubicaban en los palacios, que contaban con salas y esculturas monumentales.

—No, ¡basta!, déjalo ya. ¿Es que no te conmueven sus lamentos?, ¿no ves cómo se rompe la piel de su espalda?

El huracán de ira que lanzaron sus ojos a los míos me obligó a esconder la cara entre las rodillas y llorar de impotencia.

Sólo paró cuando la sangre le salpicó su nariz afilada y su barbilla puntiaguda.

Aproveché entonces para huir. Me apresuré en salir del salón; necesitaba llenarme de aire fresco para volver a respirar. En el jardín de las palomas encontré a mi padre, bajo la sombra de una palmera, sentado en un banco de piedra junto a uno de sus asesores quien, al verme llegar, se alejó discretamente. Me eché en sus brazos y gimoteando le hablé:

—Enkidu no es buena persona, está loco. Un esclavo ha derramado vino accidentalmente sobre su regazo, enfurecido le ha arrebatado el látigo a un guardián y él mismo, fuera de sí, ha comenzado a fustigarlo sin la más mínima piedad. Y no es la primera vez que muestra su



verdadera y maléfica personalidad... En otra ocasión escuché cómo echaba a patadas a un escriba que confundió varias tablillas.

—Pero, ¿qué dices, hija? Es el Gobernador de la Tesorería, tiene toda mi confianza y me sirve fielmente desde hace mucho tiempo. La responsabilidad de su cargo puede haber agriado un poco su carácter, pero nada más.

—No, padre, no es sólo eso, yo creo que las noches de luna llena se convierte en demonio..., estoy segura de que su cara monstruosa se deforma por completo y le crecen garras y alas.

—Ja, ja, ja —rió mi padre—. Anda, vuelve con tu maestro.

Después de aquella terrible experiencia no hubiera podido concentrarme. Así pues, desobedeciendo a mi padre, decidí dirigirme a las dependencias de los funcionarios para visitar a mi amigo Tulki, cuyo perro era sorprendente, con un ojo de cada color, y me encantaba jugar con ellos.

Caminaba con sigilo por el angosto pasillo de acceso cuando escuché pasos aproximarse. De pronto, me pareció reconocer la voz de mi padre y su séquito.

Temí ser descubierta y, sin pensarlo, empujé la puerta que tenía más próxima. Había muchas salas para trabajadores, y entre todas ellas tuve que dar precisamente con la del Gobernador de la Tesorería.

Enkidu entregaba a un servidor varias tablillas para depositar en el archivo donde los escribas, tras clasificarlas, las colocarían en el estante correspondiente. También le ordenó con insistencia que destruyera una de las tablillas: era diferente a las demás, tenía forma redondeada, un color más oscuro y otro tipo de caracteres.

Yo permanecía inmóvil contra la puerta hasta que Enkidu me gritó sin piedad:

—Aparta de ahí. ¿Por qué no estás en tus dependencias? Ahora mismo buscaré a la guardia —dijo levantándose bruscamente.



Con sus inmensas manos levantadas lo veía aproximarse, mientras la expresión de su rostro se transformaba en la de un animal salvaje.

Cerré los ojos y salí corriendo sin mirar atrás. Crucé las monumentales puertas de bronce de la Sala de Audiencias, un inmenso salón que la noche había convertido en un silencioso espacio escasamente iluminado por varias lámparas de bronce que no alcanzaban a esclarecer sus altos techos. Las sombras únicamente se proyectaban intermitentes en los relieves de la pared, donde una leona herida, que arrastraba las patas posteriores paralizadas por un flechazo, parecía revolverse contra mí. Me sentí acorralada, cuando un estridente y metálico golpe a mis espaldas me llevó a encoger hasta la punta de los dedos.

Seguí corriendo y al ver el archivo creí haber hallado mi salvación.

Entré y me apresuré a encajar bien la puerta con un pesado taburete de madera. Me acurrugué junto a unos cestos de juncos repletos

de tablillas. Una pequeña claraboya en el techo dejaba entrever los rayos de una tormenta sin lluvia; los truenos retumbaban con fuerza en aquellos gruesos muros de adobe.

Bien entrada la noche acepté que ya nadie me perseguía.

Varias lamparillas colocadas en la pared me permitieron comprobar que estaba rodeada por estanterías con cientos de tablillas de arcilla cocida perfectamente organizadas. La curiosidad me empujó a ojear algunas de ellas: había contratos, inventarios de mercancías, correspondencia diplomática... Y sobre una mesa hallé las tablillas que Enkidu entregó a su sirviente. Me llamó la atención que entre ellas aún estuviera la tablilla redonda que el Gobernador ordenó reiteradamente destruir. Me estremecí al imaginar lo que aquel descuido podría acarrear al servidor.

“¿Qué tendrá de especial aquella tablilla?”, me pregunté. “¿Por qué querría deshacerse de ella el Gobernador?”



La leí de arriba abajo y su contenido no podía ser más interesante.

Estaba convencida de que el dios Anu la había protegido para mí.

Salí del archivo; ya había amanecido, comenzaban las fiestas de Shamash. Como un preciado tesoro escondí la tablilla entre mis ropas y me apresuré para buscar a mi padre.

Sonaron las trompetas anunciando la entrada de una delegación diplomática a la Sala de Audiencias, donde probablemente iba a ser recibida por mi padre.

Subí la majestuosa escalinata de acceso a la sala con los ojos fijos en el soberano. Aguardaba sentado en el trono ligeramente alzado sobre un pódium con distintas alturas. Portaba una túnica azul centelleante que rodeaba su cuerpo en forma de espiral, salteada por exquisitos bordados de flores doradas. ¡Qué guapo estaba!

Bajo la tiara cubierta con alhajas plateadas a floraba su largo cabello rizado, y su espesa barba lucía adornada con hilos de oro.

Deslumbrada por su impecable atuendo de rey, me acerqué caminando, hasta que dos brazos fuertes me detuvieron.

—Ahora no puedes entrar —dijo el guardián mientras me sujetaba.

—Pero si soy su hija y tengo algo muy importante que decirle.

—Seguro que podrá esperar.

Me dio la vuelta y se aseguró de que me retiraba. Pero al bajar las escaleras me escondí tras uno de los enormes toros alados con cabeza humana esculpidos en piedra que, ubicados a ambos lados de la escalinata, protegían el palacio.

Al cabo de un rato tenía tan entumecidas las piernas que prácticamente ni las sentía.

Al fin, vi desfilar a la interminable comitiva extranjera cuando se marchaba. Aproveché entonces un descuido del centinela y accedí a la Sala de Audiencias.

Me planté ante mi padre y le entregué la tablilla redonda que tan bien había custodiado.

—Pero, ¿qué es esto? —dijo él sorprendido.



— Es la prueba de una traición.

El rostro de Enkidu, que escondía muy bien sus rasgos demoníacos, cambió de color y balbuceando se dirigió a mí, en un forzado e irreconocible tono cariñoso con el que sólo pretendía descalificarme.

—¿Qué dices, querida Siptu?, eres aún muy joven y ni siquiera sabes el significado de esa palabra.

—Señor, yo resolveré este asunto —dijo al rey, intentando arrebatarle la tabilla.

Pero, sin prestarle atención, mi padre comenzó a leerla en voz alta:

—“Estimado Enkidu, tal y como habíamos quedado, el primer día en la festividad del dios Shamash, al salir el sol, dejarás abierta la puerta norte del palacio para que mis tropas accedan al interior con el fin de asaltar la ciudad. Tu recompensa será la establecida.”

El rey Kashid envió inmediatamente a varios soldados de su guardia personal hasta la puerta norte.



No tardaron en volver.

—Majestad, la puerta estaba abierta de par en par y los centinelas han sido asesinados.

El rey, lleno de cólera y decepción, ordenó apresar a Enkidu, el que hasta entonces había sido su servidor más fiel.

—¿Cómo has podido hacerlo?, confiaba en ti. Sólo la maldad que te corroe ha podido conducirte a ello. ¡Lléváoslo! —gritó el rey.

—¿Lo ves, papá? —le dije yo—. Ya te advertí de que no era buena persona. Por cierto, hoy hay luna llena: debemos estar muy atentos para ver cómo le crecen las garras en los pies y las alas en la espalda.

Vocabulario

Tablillas: Las tablillas de barro o de arcilla se utilizaron desde el cuarto milenio a.C. como medio de escritura. Se grababan usando un estilete.

JURAMENTO HIPOCRÁTICO

Según el Juramento Hipocrático, los médicos procurarán siempre la salud de sus pacientes y evitarán administrarles o realizar ninguna práctica que les lleve a perder la vida sean cuales sean las circunstancias.

Querido padre,

Ya ejerzo como médico público en la ciudad de Atenas. Tal y como habíamos imaginado, no fue fácil.

Una vez que la Asamblea examinó los títulos de los candidatos y a pesar de mi deficiente oratoria, defendí la formación y presenté con gran detalle y resolución los casos de enfermos que había curado.

En poco tiempo he conseguido una extensa clientela y esa necesaria y ansiada reputación que sólo nos la otorga nuestra victoria contra la enfermedad. He curado abscesos, huesos rotos, fiebres, incluso cegueras; he practicado intervenciones quirúrgicas. Ya no hay un solo paciente que me sorprenda.

A solas en mi consulta a veces recuerdo cuando siendo muy niño intentaba ayudarlo mientras atendía a los enfermos. Me impresionaban los conocimientos que fue adquiriendo desde su paso por la Escuela de Medicina, su sabiduría sobre las propiedades de las plantas



que adquirió en Tebas. Y, sobre todo, nunca olvidaré su fidelidad al excelso código que el reconocido Hipócrates escribió, y cuyo contenido me inculcó tanto o más que la propia medicina. Una y mil veces me contaba la misma historia, la de aquella anciana que llevaba más de diez años cuidando a su hijo inerte, al que las yagas comían su cuerpo, pero a pesar de su insistencia nunca le proporcionó el remedio fatal que requería de usted...

Querido padre,

Siento mucho que no apruebe mi inesperada iniciativa, pero la decisión ya está tomada. Mañana mismo parto para el frente. Cuando supe que hacían falta médicos en el ejército, lo medité mucho. Ahora sé muy bien que quiero enfrentarme a ese nuevo reto...

Querido padre,

Mis expectativas como médico se han cumplido con creces. He sacado flechas sin dañar



el músculo, he cortado hemorragias imposibles y he cosido heridas tan profundas que tardarán meses en cicatrizar y tan extensas que la piel no daba para más.

Sin embargo, como hombre, cada día, desde este improvisado hospital, percibo el miedo de los soldados antes de entrar en combate, escucho el griterío desmesurado y enloquecido de los asaltantes y el de los golpes forzados con las espadas, incluso huelo la sangre derramada sobre la tierra y a la muerte que sobrevuela sigilosa sobre sus cabezas.

Y ante tanta barbarie, sólo deseo salir fuera y atravesar con mi espada al jefe de los soldados persas para que todo esto al fin termine.

Tal vez sea nuestro dios Asclepio el que me retiene...

Querido padre,

... No sé si esta misiva le llegará. Los persas me han apresado. Ahora mi destino está en sus manos...





Querido padre,

... El pueblo persa sabe muy bien apreciar la valía de los médicos griegos, a los que consideran incluso superiores que los egipcios: intuía que por ese motivo me han enviado con el jefe de los soldados persas, quien sufre una seria afección en el pie.

Sin duda ha llegado mi momento. Un exceso de analgésicos..., un bálsamo inadecuado...

Pero..., a pesar de la mirada altiva de aquel hombre, de su gesto intimidatorio, toda mi conciencia está llena con las palabras categóricas de su admirado y respetado Juramento Hipocrático: "Juro por Apolo, por Higía... y pongo por testigo a todos los dioses y diosas de que he de observar el siguiente juramento..., dirigiré el régimen de los enfermos en su propio beneficio... no daré veneno a nadie aunque..."

Querido padre,

... El jefe de los persas ya puede caminar. Como recompensa por mi trabajo me ha devuelto la libertad, con la condición expresa, eso sí, de regresar a la ciudad...

Querido padre,

Han pasado ya muchos días desde que regresé de nuevo al hospital del campamento desobedeciendo las órdenes enemigas.

Hoy el ejército persa ha sido derrotado por los nuestros en la batalla de Maratón.

Hoy, al fin, todos volvemos a casa.

Vocabulario

Juramento Hipocrático: Juramento público que hacen las personas que se gradúan en Medicina. Su contenido es de carácter ético, se basa en la responsabilidad del ser humano

y su conciencia. Lo estableció Hipócrates, un médico de la Antigua Grecia considerado “el Padre de la Medicina”.

Tebas: Antigua ciudad egipcia.

Persas: Pueblo de la Antigüedad ubicado en el actual Irán.

Asclepio: Dios griego de la medicina.

Batalla de Maratón: Enfrentamiento armado que tuvo lugar cerca de Atenas entre los persas, encabezados por su rey Darío, y los atenienses (Filípides corrió desde Atenas a Esparta para pedirles ayuda).

UN BANQUETE CON SORPRESAS

Al igual que en la actualidad, las comidas en la Antigua Roma variaban según las clases sociales y las circunstancias. La gente humilde comía a diario legumbres, hortalizas, huevos, y en momentos especiales introducía en su dieta la carne o el pescado. Estos últimos alimentos, en cambio, eran más habituales en las clases nobles, que además en sus fiestas añadían mariscos y otros productos exóticos de importación.

Algunas de sus recetas no difieren en absoluto de las actuales.

Sin duda conoceréis la leyenda del esclavo Servius. Es una de esas historias que los padres cuentan a sus hijos. Pero lo cierto es que no se trata de una leyenda. Yo mismo fui testigo de cuanto ocurrió.

.... Una soleada mañana, allá por los idus de marzo del año primero de nuestro Emperador, acompañé a mi señor hasta la ciudad, hasta la inmensa e incomparable casa de Malonius, el más influyente de los patricios romanos. Quería invitarlo personalmente a la cena que daría en honor a Marcellus, un senador romano, pariente de la familia que, aprovechando su visita a la provincia, apoyaría la candidatura de Domitius en las elecciones locales.

Mientras ellos trataban el tema yo le aguardaba en la zona del servicio. Estaba deseando abrazar a mi gran amigo Servius. Nos conocíamos desde siempre, desde que siendo aún muy niños acompañábamos a nuestros dueños a las termas. Servius era valiente, yo diría que incluso temerario, y siempre lideraba tra-

vesuras que en alguna ocasión casi nos cuesta un disgusto. A veces volvía locos a los encargados de los vestuarios cambiando las ropas de las taquillas, o incluso escondiendo las toallas a los bañistas ilustres. Mientras él se partía de risa observando el sainete, yo me comía las uñas escondido tras la columna más gruesa.

Pero aquel día la aventura que tramaba Servius no auguraba nada bueno.

—¿Qué pretendes hacer, insensato? —le dije al descubrir sus intenciones de abandonar la casa.

—Algo que tendríamos que haber hecho mucho antes. Estoy cansado de que su látigo se desbarate a pedazos en nuestras espaldas. De que no pase un día sin que alguno reciba su ira en forma de agua hirviendo. Se acabó, todo eso debe cambiar.

—Si lo denuncias nadie te prestará la más mínima atención, si huyes serás un esclavo fugitivo. Bien sabes que el castigo es la muerte y si lo matas a él, tú también morirás.

Pero Servius no atendía a razones: se quitó del cuello su placa identificativa de esclavo y se marchó.

Mientras conducía el carro de regreso a la villa, no podía dejar de pensar en Servius y en cuáles serían realmente sus intenciones. Era un hombre impulsivo y tenaz, cualidades poco aptas para un esclavo descontento.

Los días siguientes estuvimos muy ocupados en la casa preparando el gran banquete y no tuve tiempo siquiera para pensar en Servius. Se trataba de un evento importante en la familia y nada podía fallar.

La noche elegida para el ágape, después de asearme y colocarme mi mejor túnica, me dispuse a entrar en el comedor con la jarra de vino en una mano y la de miel en la otra. Los comensales ya estaban reclinados sobre su brazo izquierdo en los lechos. Conversaban distendidos mientras aguardaban las viandas, que serían depositadas sobre pequeñas mesas redondas colocadas ante ellos.





Cuando puse el pie sobre las primeras tesselas del mosaico que adornaba el suelo de la sala, casi dejo caer las dos jarras que portaba al ver, justo frente a mí, al mismísimo Servius: “Pero, ¿qué hacía allí aquel demente?”

Lucía una toga incluso con adornos dignos de un gran mandatario. Él era alto y bien parecido, y no sé qué se habría aplicado en su abundante cabello ondulado para que le otorgase aquel respetable tono grisáceo, al igual que las cejas y la barba que se había dejado crecer.

Aun así, ¿cómo podía ser tan temerario?, pensé, su dueño podría reconocerlo en cualquier momento. Además, para ponerle más emoción, estaba sentado justamente al lado de Malonius que, sonriente, lucía un desproporcionado anillo granate en el dedo índice de su mano derecha.

—¿Quién es ése? —pregunté a un compañero que traía los aperitivos a base de ostras, higos y uvas.

—Lo anunciaron como Petronius, y al parecer es un rico comerciante que pretende apoyar la campaña electoral de Domitius.

—¡Petronius! Se ha vuelto loco.

—¿Decías algo?

—No, nada, nada.

Comencé a servir el vino, y cuando llegó su turno le hice un gesto con los ojos que casi se me salen de las órbitas recriminándole su actitud. Él me respondió con una amplia y serena sonrisa.

Conociéndole, estaba convencido de que todo aquello lo hacía para darse un gran festín antes de ser apresado, y sentirse al menos una vez como los señores.

Yo no le quitaba ojo de encima, temeroso por ver cuál sería su próxima imprudencia..., una imprudencia que no tardó en llegar.

Yo mismo serví el plato principal, cochinito asado en salsa de vino, según la receta del afamado cocinero Apicio: se tarda un tiempo en asar el cochinito al horno con un poco





de aceite de oliva y mucha pimienta, luego se acompaña de una salsa elaborada con vino hervido, caldo, cebolla picada, ajo y ruda.

Debía estar exquisito, porque los comensales apenas si admiraban a la bailarina que amenizaba la velada. Con el fin de llamar su atención la joven, envuelta en linos blancos, se acercaba a los convidados extendiendo los brazos para invitarlos a bailar con ella.

El único que respondió no podía ser otro que Servius.

—Pero, ¿qué haces? —le dije entre dientes, al pasar a mi lado—, Malonius te va a reconocer.

Sin la más mínima muestra de temor, sino todo lo contrario, distendido y divertido como él era, danzó unos instantes con la joven bajo la atenta mirada de los presentes que le animaban entusiasmados, especialmente Malonius.

Menos mal que pronto volvió a su sitio, porque la comida se enfriaba.

Sólo entonces suspiré aliviado, aunque por poco tiempo.

No daba crédito a lo que estaba presenciando. Pero, ¿cómo se le había ocurrido? Se puso a flirtear con la chica que tenía al otro lado, nada menos que con la hija del senador romano.

—¡Ufff!

Nada bueno podía salir de aquella velada.

Sonreían sin recato: “Ahora te doy una uva..., no, no, mejor una ostra”.

De repente, cuando pensaba que la inquietud ya no podía martirizarme más, Servius se dirigió al esclavo que portaba una bandeja con pastelillos de trigo bañados en miel dispuestos para el postre, y le pidió algo tan desconcertante que hasta los músicos dejaron de tocar.

—Trae inmediatamente un gato.

—¿Quééé? —dijeron todos al unísono—.

¡Un gato!

—Pero, ¿para qué? —añadió Domitius, el anfitrión.



—Confíe en mí —dijo Servius.

Yo sabía que a mi peculiar amigo le gustaban mucho los gatos, pero sin duda no era el mejor momento para disfrutar de su compañía.

Al instante, el joven esclavo apareció con un hermoso gato anaranjado que, asustado, se aferraba con las uñas a sus ropas. Servius cogió una pizca de carne del plato de Domitius que aún no había tocado y se la dio al gato, quien de inmediato la hizo desaparecer. El animal comenzó a toser, tenía espasmos, su aspecto sano se convirtió en el de un ser agonizante. Servius lo hizo vomitar, no podía permitir que el pobre animal dejase este mundo. Su actuación había sido suficiente para demostrar que la comida de Domitius estaba envenenada.

Ante el asombro de todos y antes de que nadie pudiera articular una sola palabra, Malonius dijo:

—Sin duda, ese esclavo es el responsable —alegó, señalándome precisamente a mí.

Yo quedé plantado frente a la lámpara de pie.
—Sí, sí, él ha servido la carne —continuó diciendo.

Aunque ya presentía yo malos augurios para aquella noche, no podía creer lo que estaba ocurriendo. Nadie se apiadaría de un pobre esclavo como yo.

Comenzaba a imaginarme ya hasta mi entierro, pasando por los suplicios previos, cuando Servius habló:

—No, él no es el culpable.

Malonius se puso muy nervioso, consciente de lo que venía después. Miró fijamente a Servius y de pronto cambió la expresión de su cara.

—Pero, ¿qué mofa es ésta, urdida por dos incautos esclavos? Sí, dos, porque este hombre —dijo Malonius, colocando su mano sobre el hombro de Servius— no es un rico comerciante, sólo es uno de mis esclavos, al que acabo de reconocer. Un prófugo que pagará por sus delitos.

Lo que me temía y lo que me faltaba, habían descubierto a Servius: “Ya sí que nada ni nadie me salvará”, pensé.

—¿Quién puede ser tan estúpido como para descubrir su propio plan de asesinato? —dijo Servius—. Malonius sólo intenta desviar la atención, porque el verdadero culpable es él.

—¡Ohh! —exclamaron todos de nuevo.

—Si no me creéis, mirad el interior de su gran anillo encarnado y pedidle que pruebe la sustancia que contiene.

Domitius así lo hizo, pero Malonius se negó a tocar siquiera el veneno que contenía su sortija.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Domitius—, se supone que somos amigos. Siempre me has apoyado en los asuntos políticos.

—Precisamente por eso —respondió Servius, que conocía bien las intrigas de su dueño—. Lleva mucho tiempo planeándolo. Se cansó de permanecer siempre a la sombra del gran político. Decidió que había llegado su

oportunidad. Una vez que Domitius hubiera desaparecido, ya no tendría rival.

Todos quedamos sorprendidos con la explicación de Servius.

Malonius fue detenido y acusado por intento de asesinato.

Servius había arriesgado lo único que poseía, la vida, pero consiguió su objetivo: desenmascarar a un hombre aparentemente respetable, pero que en verdad era un ser despiadado y sin escrúpulos.

Que un simple esclavo hubiera podido con el más noble de los patricios romanos fue una gran gesta festejada por los esclavos en todos los rincones del imperio, hasta convertir su hazaña en la Leyenda del Esclavo Servius, de mi querido y valiente amigo Servius.



Vocabulario

Apicio: Marco Gavio Apicio fue un gastrónomo romano del s. I d.C., supuesto autor del libro de recetas “De re coquinaria”, que constituye una fuente interesante para conocer la gastronomía en el mundo romano.

La autora

M. Eloísa Caro Durán

M. Eloísa es licenciada en Historia, especialidad de Arqueología.

Sus relatos nos sumergen en el fascinante mundo antiguo con un carácter eminentemente didáctico pero con una total fiabilidad histórica.

Es una apasionada defensora del Patrimonio Cultural definiéndolo como “todo aquello que se conoce, se aprecia, y por lo tanto se respeta”. Con sus relatos, la autora desea dar a conocer y divulgar nuestro patrimonio Histórico y Arqueológico.

Eloísa ya ha publicado varios libros de relatos históricos entre los que podemos citar *El secreto de la seda* en Editorial Editarx y Amazon, *Pasadizo en el tiempo*, en Amazon, *Microhistorias en Hispania*, en Amazon, y *Pedacitos de Historia. Sorbitos de Arqueología*, en Amazon.

Con nuestra editorial ha publicado *Historias de la historia* y seguirá colaborando con nuestro proyecto. Es un lujo tenerla con nosotros.

Email de contacto:

pedacitosdehistoria@gmail.com

La ilustradora Carmen Ramos



Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Ha ilustrado nuestros libros *Peppoff y Kampeón*, *El libro mágico de la Naturaleza*, y se encuentra en proceso de ilustrar otros tres libros más. Estamos encantados con ella.

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visitad:
<https://www.behance.net/carmenisa>

Email de contacto:
carmenisa@gmail.com

La editorial



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Atlas infantil de Europa
Las malas pulgas
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Sácame los colores!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón

La Historia y sus historias
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El lazarillo de Tormes
Descubriendo a Mondrian
Mi primer libro de historia
OVNI
La tortilla de patatas
Carlos V
Mi amiga Andalucía

Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.
www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com

Nuestro vídeo



Visita nuestra web



Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustradora: Carmen Ramos
Correctora: Dolores Sanmartín
<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, diciembre 2016



WEEBLEBOOKS



Licencia: Creative Commons ReconocimientoNoCo-
mercial-CompartirIgual3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>